

tiana, y se les prometía la libertad de profesor la ley de Moisés"; bula confirmada por Paulo III y Julio III, sucesores de Clemente, y en virtud de la cual pasaron a Ancona, dominio Pontificio, multitud de hebreos, que hallaron en el territorio de la Iglesia el puerto de salvación que en España se les negara.

"No pueden defenderse los actos todos de la Inquisición española, escribe un autor nada tildado de clericalismo, y por más que no se conozcan las circunstancias especiales en que la misma se encontró, ha de decirse que hubiera procedido harto mejor si, IMITANDO EL EJEMPLO DE LA INQUISICIÓN DE ROMA, hubiese evitado en lo posible el derramamiento de sangre, y no hubiese desplegado el excesivo rigor que ha suministrado pretexto a los adversarios del Catolicismo para dirigir a éste tan tremendos e infundados ataques".

¡Fenómeno sorprendente! Cuando "en todos los puntos de Europa se encuentran levantados cadalso por asuntos de religión, y en to-

das partes se presencian escenas que angustian el alma, ROMA es una excepción de esa regla general, ROMA que se nos ha querido pintar como un monstruo de intolerancia y de crueldad. Es cosa verdaderamente singular que la Inquisición de Roma no haya llegado jamás a la ejecución de UNA SOLA PENA CAPITAL, a pesar de que, durante este tiempo, han ocupado la Silla Apostólica Papas muy rígidos y severos. La conducta de ROMA en el uso que ha hecho del tribunal de la Inquisición, es la mejor apología del Catolicismo contra los que se empeñan en tildarle de bárbaro y sanguinario."

Terminamos, por no fatigar al lector. Y leído cuanto precede, ¿puede un escritor, como estime en algo su honradez y se tenga por caballero, endosar al Papado los muchos lunares que registra en sus anales la accidentada historia de la Inquisición?

LUIS VARGAS.

Pensando en Rizal

Yo soy un enamorado de la noche. Cuando el silencio se ha hecho ya en el sagrado recinto de mi hogar,—un hogar en el que encuentro la mayor parte de la felicidad de que puedo gozar en la vida, porque he puesto toda mi voluntad de hombre en que sea una prolongación de aquel otro hogar, mil veces bendito, en el que se deslizó mi bulliciosa infancia,—uno de mis supremos y más íntimos goces consiste en pasar las primeras horas de la noche en la soledad y retiro de mi azotea. ¡Y qué detenida y morosamente saborea mi espíritu el tropel de imágenes fantásticas y legendarias narraciones que van apareciendo ante la imaginación, como evocadas al mágico conjuro del misterio de la noche!...

¡Oh! El misterio de la noche! Jamás he podido explicarme por qué al advenir esas horas nocturnas, preñadas de mil extraños ruidos en medio de su silencio augustos, invade todo mi ser esa especie de melancólica tristeza, semejante a la que se apodera de nosotros al recordar la persona ausente que nos ama. Todo lo que entonces siento y veo en rededor, todo me habla de muy distinta manera de como me habla durante el día: las caprichosas flores de las macetas que adornan la balaustrada de la azotea y que con tanto mimo y cariño cuidan las delicadas manos de mi esposa;

el canario que duerme en un rincón de la jaula, suspendida del dintel de la puerta de cristales; el agua del surtidor que se deshace en menudas gotas sobre el mullido césped del jardín; los graves maullidos del perro fiel y amigo, que se me antojan lamentos perdidos en la profundidad de la noche; el estridente ruido de los tranvías, pero que hasta aquí llega sordo y apagado, cual un trueno lejano en noche de tormenta: el agua del mar rompiéndose en el acantilado de la costa, que a veces me suena como a alegres risas de ninfa, a veces como gemidos tristes de esclava y siempre como un suspiro prolongado y doleroso... todo eso en fin que yo me complazco en aspirar con fruición con todos los sentidos de mi cuerpo y todas las potencias de mi alma en estas horas tan deseadas y queridas para mí, todo eso me habla y me dice y me sugiere infinidad de cosas que yo siento en lo más hondo de mi ser, pero que no acierto a explicar.

Quando la noche es serena y está el firmamento tachonado de estrellas y la luna riela en la claridad de este cielo oriental, me gusta embriagarme de las armonías y bellezas de la naturaleza. Cuando la lluvia me impide gozar de esas bellezas en la dulce calma de mi azotea y me obliga a refugiarme en la habitación contigua;—que siempre me ha gus-

tado tener el gabinete de estudio y trabajo vecino de las flores y los pájaros, entonces pienso, medito o leo... Esta noche la lluvia me ha contrariado y me ha privado de mi rato de vigilia en la azotea.

Heme quedado, pues, en mi habitación y después de contemplar unos momentos, con infantil curiosidad, las espirales de humo que se escapaban de mi cigarro, he abierto al azar uno de mis libros predilectos, escritos en la lengua de Cervantes, en esa lengua en la que tan majestuosamente suenan las palabras que corresponden a mis más fervientes y cálidos afectos. Y he leído absorto, medio distraído por espacio de un tiempo, no sé cuanto, páginas y más páginas, hasta que al fin se han fijado mis ojos y mi entendimiento en un párrafo, que me parecía escrito con caracteres de fuego, con caracteres de oro.

"Querer;—decía así.—Querer; he aquí el secreto. Se habla de fatalidades de raza, de herencia y medio ambiente, mas no hay estorbo que resista al ímpetu de una acerada voluntad. En cualquier país, en toda ocasión, un hombre, un hombre solo, con la luz de su ingenio y de su inmensa voluntad, puede, si Dios lo quiere, levantar a pulso los destinos de su patria y enderezarlos al porvenir."

Y al llegar a este punto no he

podido leer más, porque como si esas palabras fueran un conjuro, ha aparecido ante mi imaginación, extática de asombro, una gran figura, llena de vida, radiante de luz, plétórica de fuerza, la figura del Gran Kalambeño, la figura del Dr. Rizal, la figura del hombre cuyo heroísmo y sacrificio, cuyo exaltado patriotismo he procurado en toda mi vida tener delante de mis ojos y adentrados en mi corazón como un ejemplo y estímulo para laborar por la patria en que he nacido y que él adoró con tanto frenesí.

Porque eso fué Rizal, sí; un héroe un gigante de la voluntad, pero de una voluntad que iluminada por los vívidos destellos de su preclaro ingenio y puesta toda entera al servicio de nuestra patria, ha venido a ser en el trascurso de los años el faro de luz que guía y endereza nuestros pasos para no perdernos en el seguimiento y consecución del ideal, que él nos dejó marcado y señalado, como preciada herencia de su vida heroica.

Eso fué Rizal, sí; el talisman, el secreto de su borrascosa y agitada existencia fué ese; querer. Vidente de los destinos de nuestra patria, ansioso de su emancipación y libertad, de su gloria y su

grandeza, a ella consagró, con celo y afán de apóstol, el inmenso poderío de su férrea voluntad. Rizal vió lo que su patria podía, merecía llegar a ser por la facilidad con que supo asimilarse la civilización que una nación hidalga y generosa,—;madre antes que nada!—trajo a su suelo con la Religión católica; Rizal vió, mejor aun, intuyó el porvenir de su patria, pero vió también los defectos de su pueblo,—¿qué pueblo no los ha llegado a tener?—vió también que sus hermanos necesitaban un poco de luz en la conciencia y algo de calor en el corazón, y consciente de las obligaciones que la patria exige de sus hijos en todo momento, pero sobre todo cuando llega a sentir nobles y legítimos anhelos de nuevos horizontes, de nuevos caminos al desarrollo de su existencia, emprendió, con un fervor de iluminado y arrostos de coloso, la magna, la gigantesca obra educadora de su pueblo, para disponerlo a recibir, sin que le hirieran sus reflejos, los primeros rayos de la aurora del sol que había de alumbrar el día de las libertades.

Y en esa obra venció y superó todos los obstáculos, lo mismo los de casa que los de fuera, merced al ímpetu arrollador de su gran

voluntad, que jamás llegó a doblegarse ni por nada ni ante nadie. Porque ni en su vida pública, ni en su vida privada, ni en el destierro, ni en su dolorosa peregrinación por extraños pueblos, jamás se apartó ni un ápice en el camino señalado y emprendido por ella... Por ella desarrolló todas las facultades de su ingenio y todas las bellezas de su alma de artista; por ella acometió todas las grandes empresas, que son cual jalones que marcan las fases más culminantes de su existencia; por ella arrostró toda suerte de sacrificios e inmolaciones, incluso el de la propia vida, cuando creyó que era lo único que le faltaba ofrendar en aras de su patria.

Media noche era por filo, cuando la gran figura de Rizal se ha esfumado poco a poco en mi imaginación. Y al hacerme cargo de la realidad presente, he pensado, con tristeza y amargura, si tal vez Rizal pudiera justamente reprocharnos la falta de entereza y voluntad de que hoy adolecemos sus compatriotas en la realización del ideal, que él acertó con mano maestra a mostrarnos y señalararnos.

PAMIKA.



Para que la familia goce de la vitalidad necesaria está recomendado el uso de la

Leche Malteada HORLICK'S

Los ancianos hallan en ella el reconstituyente que necesitan para sus fuerzas agotadas. Los enfermos la necesitan para su convalecencia. Los adultos para adquirir el vigor que gastan en la brega diaria. Las madres, para la lactancia de sus hijos. Los niños, para su desarrollo.

PRUEBE UNA BOTELLA HOY MISMO—
PIDA HORLICK'S A SU PROVEEDOR O A LA
FARMACIA MAS PRÓXIMA A SU CASA.

PACIFIC COMMERCIAL CO.

MANILA

DISTRIBUIDORES

TEL. 820